

ISRAEL YEHOSHUA SINGER

LOS HERMANOS
ASHKENAZI

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH
DE RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Di brider Aszkenazy*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

Edición en yiddish © 1937, renovado en 1965, by Joseph Singer

Edición en inglés © 1980 by Joseph Singer

© de la traducción, 2017 by Rhoda Henelde Abecasís
y Jacob Abecasís Hachuel

© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fragmento de *El vals* (1893), de Félix Vallotton

ISBN: 978-84-16748-46-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 9799-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PRIMERA PARTE
NACIMIENTO

II

SEGUNDA PARTE
CHIMENEAS EN EL CIELO

273

TERCERA PARTE
TELARAÑAS

491

*Glosario de términos
hebreos y yiddish*

675

Por los polvorientos caminos que desde Sajonia y Silesia descienden hasta Polonia, una insólita procesión de carruajes repletos de hombres, mujeres y niños, cargados con todas sus pertenencias, atravesaba pausadamente prados y bosques, pueblos y aldeas, saqueados y devastados por las recientes guerras napoleónicas.

Los campesinos polacos, siervos de los terratenientes, dejaban los arados en mitad del campo, protegían con las manos sus ojos claros del sol y el polvo, y contemplaban sosegadamente la llegada de aquellos extranjeros. Las mujeres echaban hacia atrás sus pañoletas rojas y se apoyaban en las azadas. Los niños rubios, apenas vestidos con toscas camisas, salían corriendo de las casitas de adobe seguidos de sus perros, atravesaban los vallados de paja y, a distancia, apuntaban con sus deditos entre gritos y ladridos.

A las puertas de algunas hospederías rurales pertenecientes a judíos, los muchachos con tirabuzones negros y los flecos rituales asomando por encima de los raídos pantalones, miraban con asombro el lento avance de la insólita caravana.

—¡Ven a ver, mamá...! ¡Ven a ver!—llamaban a sus madres.

Muy pocas veces se había contemplado nada parecido en Polonia. Aquéllas no eran las espléndidas carrozas de los aristócratas, ni las largas y estrechas carretas de los campesinos, ni los carromatos de los cocheros judíos con sus toldos remendados y los cubos balanceándose a uno y otro lado; tampoco eran las diligencias del correo tiradas por cuatro caballos que galopaban al son de las trompetas. Hasta el arnés de los caballos era distinto, compuesto por muchas correas, cintas y tirantes de cuero inusuales en Polonia.

Algunos carruajes eran anchos, tenían altas y pesadas rue-

das e iban tirados por varios caballos percherones; otros eran ligeros, tirados por uno solo; los había que parecían verdaderas casas rodantes, con techos y paredes propios de un coche circense. Había también algunos cubiertos con una lona sobre un costillar de madera, como los carromatos de los gitanos; y otros arrastrados por grandes perros y hasta por hombres y mujeres, mientras los niños empujaban por detrás.

En el pescante de los carros de mayor envergadura iban robustos hombres con largas barbas rubias a cada lado del mentón pero afeitadas por delante, fumando en pipa y luciendo leontinas sobre sus barrigas. Al lado de ellos, sus esposas, igualmente rollizas, llevaban bonetes, zuecos y calcetines de lana rojos. Estos carros iban repletos de enseres domésticos, ropa de cama, prendas de vestir, bandejas de cobre con figuras de reyes y batallas victoriosas, biblias y devocionarios, además de unas cajas con el fondo cubierto de heno en las que graznaban gansos, gallinas y patos, y correteaban conejos. Pesadas vacas de ubres bien cargadas cerraban la marcha.

Los carros más modestos avanzaban tirados por jamelgos, tan flacos y exhaustos como sus amos, a los que el esfuerzo hacía cojear y rozar la tierra con los hocicos. En el interior sólo viajaban los niños más pequeños, mientras los padres y los hijos mayores se afanaban a los lados, fustigando ocasionalmente al caballo o ayudando a empujar cuando alguna rueda se atascaba en un surco del camino. Si poseían alguna vaca, el solitario animal escuálido y reseco caminaba tras ellos.

Cerrando la caravana iban los carros arrastrados por perros o incluso por sus propios dueños, demacrados y pobres. Además de hijos y algunos míseros bártulos, llevaban gallinas y conejos, así como, excepcionalmente, alguna cabra. Las mujeres bregaban codo a codo con sus maridos, utilizando pesadas cuerdas que se les clavaban en los hombros.

Ya fueran ricos o pobres, todos ellos coincidían en una preciada posesión: un lustroso telar de madera atado a cada carro o carromato.

—Alabado sea el nombre de nuestro Señor Jesucristo. ¿Adónde os dirigís, forasteros?—les gritaban los campesinos a su paso. Y al oír por toda respuesta «*Guten Tag... Grüss Gott*», escupían y se santiguaban—: ¡Paganos! No pronuncian ni una palabra en buen cristiano...

Los hospederos judíos lograban comunicarse mejor con los forasteros, ayudándose de su yiddish. Los invitaban a descansar en las tabernas que regentaban y a limpiarse el polvo de la garganta con una pinta de aguardiente, pero ellos rehusaban el ofrecimiento. Traían su propia comida, dormían en sus carros y no gastaban ni un solo groschen en el camino.

Se trataba de tejedores de Alemania y de Moravia que iban a establecerse en Polonia, ya que en sus países de origen sobraban personas y escaseaba pan, mientras que en Polonia pan había y precisamente echaban en falta las telas. Los campesinos polacos vestían prendas de un género tosco, tejido por ellos mismos a partir del lino, mientras que los habitantes de la ciudad y los militares, que usaban ropa de algodón, lana y seda, se veían obligados a depender de artículos extranjeros, importados normalmente por negociantes judíos, que un barco traía desde Danzig navegando sobre el río Vístula. Como la adquisición de estos productos suponía una sangría para el país, el gobierno polaco, dominado a la sazón por el zar ruso, decidió enviar agentes a Alemania con la misión de convencer a tejedores locales para que se asentaran en Polonia, donde recibirían tierra gratis, venderían bien sus productos y tendrían pan en abundancia.

Los tejedores, la mayoría de los cuales eran campesinos, llevaban consigo todas sus pertenencias, desde cabezas de ganado hasta animales domésticos como gallos o gatos, desde una vara para pegar a los niños hasta un huso y una armónica para tocar los domingos, y desde látigos de nueve colas hasta un arado. Entre ellos había, además, pastores luteranos, acompañados de sus esposas e hijos, encargados de salvaguardar la fe protestante de su grey en aquella tierra católi-

ca y asegurar que no se traicionara la lealtad a Dios y al káiser.

Las caravanas se dirigían hacia las tierras bajas de los alrededores de Varsovia, desde Żyrardów hasta Kalisz, desde Pabianice hasta Zgierz y Piotrków.

Una parte de los tejedores decidieron asentarse en los alrededores de la aldea de Łódź, lindante con una zona de aguas estancadas conocida como Ludka. Allí, en las afueras del pueblo, junto a un camino que conducía a los pinares, construyeron pequeñas casas con sus jardines, cavaron pozos, plantaron trigo y patatas y montaron sus telares de madera. A cambio, disfrutaron de todos los privilegios que les habían sido prometidos: no cobrarles impuestos en los primeros años; no reclutarlos para el ejército; y permitirles practicar su fe protestante, sus costumbres y hablar su lengua. Asimismo, de acuerdo con sus exigencias, se prohibió a los judíos establecerse en ese paraje, al que los polacos denominaron Wilki, 'lobos' en polaco, pues aquellos animales deambulaban a menudo por la región en épocas frías.

Los escasos judíos que residían entonces en Łódź, en un callejón lateral de los *mieszanny* (los marginados), eran sastres, cuyos servicios eran indispensables para la comunidad gentil. Contaban con su propio gremio y con un cobertizo donde se reunían para deliberar sobre las restricciones que les imponían sus vecinos gentiles. En el interior de ese mismo cobertizo celebraban sus servicios religiosos y sobre una mesa habían colocado una sencilla arca de madera que contenía los rollos de la Torá. No disponían de rabino, ni instalación para las abluciones, ni tampoco de cementerio. El *melámed* que habían contratado para la enseñanza de los niños resolvía las eventuales dudas sobre la adecuada dieta *kosher*. Cuando una mujer tenía que realizar el baño ritual, su marido la acompañaba a un arroyo en las afueras de la ciudad, vigilando que no fuera molestada por jóvenes gentiles. En el invierno, abrían con un hacha un agujero en el hielo para que las mujeres se sumergieran en el agua helada. Los cadáveres

de los judíos fallecidos se transportaban sobre un carro campestre al distrito de Łęczyca, al que los judíos de Łódź pertenecían a efectos administrativos.

Los sastres de Łódź se entendían mal con la comunidad judía de Łęczyca, de escasos recursos y formada también, principalmente, por sastres empobrecidos que sólo trabajaban para sus correligionarios. Mientras que los sastres de Łódź se mantenían ocupados todo el año cosiendo encargos para los gentiles, los de Łęczyca pasaban hambre durante las temporadas entre fiestas, cuando sus correligionarios pudientes no encargaban gabanes nuevos. Por esta razón, los sastres de Łęczyca entraban en Łódź clandestinamente y aceptaban trabajar a cambio de honorarios más bajos. Con el fin de proteger su medio de vida, los sastres de Łódź denunciaron a las autoridades a los intrusos, acusándoles de ineptos y chapuceros y de competencia desleal, pues sólo ellos pagaban sus impuestos y eran legítimos miembros del gremio. Acompañaron su humilde reclamación mediante un donativo de velas de sebo para la iglesia y prometieron pronunciar una plegaria por la salud del ilustre señor prefecto.

El ayudante del prefecto ordenó una redada entre los sastres intrusos. Les decomisaron las tijeras y las planchas y los echaron de la ciudad. A los que intentaban regresar furtivamente los ataban de pies y manos, los azotaban y los obligaban a marcharse.

Para desquitarse, los judíos de Łęczyca se negaron a seguir dando sepultura a los muertos de Łódź mientras no recibieran como tributo un ducado por entierro. Los sastres de Łódź, irritados, se negaron a pagar su contribución al impuesto comunitario. Los dirigentes de Łęczyca, para devolver el golpe, consiguieron que las autoridades apostaran un soldado en cada hogar de los sastres judíos de Łódź.

Los soldados se acomodaron a sus anchas en las casas judías. Comían la carne de cerdo que llevaban consigo y la cortaban con cuchillos *kosher*, decían obscenidades, se toma-

ban libertades con las mujeres y se burlaban de los hombres cuando oraban. Puesto que se aproximaba la fiesta del *Pé-saj*, ocasión en que la presencia de un gentil en un hogar judío se consideraba prohibida por temor a que lo volviera impuro, los sastres de Łódź se vieron obligados a dejar de lado los numerosos encargos que debían terminar para la Pascua cristiana, e ir a suplicar al rabino de Łęczyca que retirase a los soldados de sus casas.

Los dirigentes de Łęczyca exigieron a los representantes de Łódź que, además de descalzarse para pedirles perdón, pagaran un tributo adicional y juraran sobre la Torá que nunca más entregarían a un sastre de Łęczyca a merced de los gentiles.

Así fue como los soldados regresaron a sus cuarteles y, desde entonces, los sastres de Łęczyca comenzaron a instalarse sin traba alguna en Łódź. En cualquier caso, nunca en el Wilki alemán, donde si un judío se aventuraba a entrar era apedreado por jóvenes rubios que azuzaban sus perros al antiguo grito de «*Hep, hep Jude...!*».

2

El comerciante y dirigente de la comunidad judía de Łódź *reb* Abraham Hersh Ashkenazi, conocido como Abraham Hersh Danziger por sus frecuentes viajes a Danzig para adquirir tejidos de lana y seda, acariciaba su larga y poblada barba negra mientras, sentado, estudiaba con aire preocupado el tratado de Zebajim ('Sacrificios') en la Guemará. Cómo ganarse la vida no figuraba entre sus preocupaciones.

Al cabo de algunas décadas, los judíos de Łódź, pese a haber sido excluidos desde un principio por los alemanes tanto del distrito de Wilki como del Sindicato de los Tejedores, prosperaron hasta hacer florecer una importante comunidad, dotada de su propio rabino y ayudantes, un juez ra-

bínico, matarifes rituales, sinagogas, un baño ritual y un cementerio.

Tal prosperidad se debía al hecho de que los tejedores alemanes producían una tela de calidad muy inferior, desdeñada por las personas pudientes y de gustos refinados. Los terratenientes, los oficiales militares y demás dignatarios preferían las lanas suaves, las finas sedas y las relucientes telas de raso y terciopelo, y éstas habían de ser importadas del extranjero. A fin de satisfacer esta necesidad, los comerciantes judíos que disponían de recursos viajaban a Danzig y a Leipzig para importar géneros selectos, primero utilizando las diligencias del correo y más adelante en los primeros trenes. Los menos acaudalados se las arreglaban con los guardias de frontera para pasar clandestinamente telas desde Alemania. Y, además, abundaban los mercaderes ambulantes que, caminando descalzos por los pedregosos senderos rurales, se dispersaban en abanico a fin de comprar lana del ganado de los campesinos y venderla a los comerciantes de Łódź, quienes a su vez la enviaban al extranjero para ser hilada. Los campesinos, que no solían esquila a sus ovejas y dejaban que acumularan suciedad, de pronto empezaron a llevarlas a los riachuelos para lavarlas y dar blancura y limpieza al producto. Especuladores y arrendadores adquirían por adelantado en esas haciendas la lana de miles de ovejas.

Los maestros tejedores alemanes de Łódź denunciaron a los judíos por perjudicar a la industria local introduciendo géneros de Alemania. Tampoco aceptaban que los comerciantes judíos entregasen su algodón a artesanos alemanes más modestos para la elaboración de las telas, pues ello habría rebajado el precio de las mismas. Como no disponían de efectivo para pagar a esos artesanos, los comerciantes judíos, que a diferencia de sus competidores alemanes no recibían créditos de los bancos polacos, crearon unos pagarés con los que pagaban a los más pobres tejedores alemanes cada viernes por la tarde cuando entregaban los productos termina-

dos, pues los sastres, los zapateros y los tenderos judíos los aceptaban como dinero.

Los maestros tejedores alemanes solicitaron a las autoridades que declararan ilegal esa práctica y sus peticiones fueron atendidas. Además, enviaron a un representante a Inglaterra con la misión de comprar algodón en grandes cantidades y de ese modo marginar a los judíos del negocio. Sólo que el algodón importado terminaba en manos de funcionarios corruptos. En definitiva, las autoridades prefirieron seguir aceptando sobornos de los judíos, de tal modo que éstos continuaron con su sistema, que consistía en entregar el algodón a los artesanos alemanes y emitir los vales como medio de pago.

Abraham Hersh Ashkenazi se contaba entre los ciudadanos más respetables y acomodados de Łódź y sus negocios le obligaban a viajar a Danzig varias veces al año. Acababa de volver, después de la fiesta de *Purim*, de uno de estos viajes, que había resultado incluso más fructífero que de costumbre. Había traído espléndidos regalos para su esposa y sus hijas, y un magnífico cáliz de plata que guardaba para ofrecérselo al *rebbe* de Warka, de quien era fiel adepto.

Los asuntos de casa marchaban como la seda y Abraham Hersh se sentía dichoso. Lo cual no impedía que, como líder de la comunidad judía—cargo que ostentaba, pese a ser joven, gracias a su riqueza, su erudición y su religiosidad—, le preocuparan algunos problemas que habían surgido durante su ausencia.

Para empezar, hacía falta dinero para hacer llegar los productos del *Pésaj* a los pobres de la ciudad, no ya sólo a los mendigos, sino también a quienes, tras un duro año de trabajo, no habían ahorrado lo suficientes para comprar los víveres propios de la fiesta: *matzá*, vino, huevos, carne y grasa para cocinar. Inmediatamente tras su regreso, Abraham Hersh, pañuelo rojo en mano y acompañado por otros dirigentes comunitarios, se dirigió a las casas de las familias más acomodadas para solicitar sus donativos. Sin embargo, éstos resul-

taron insuficientes y los pobres irrumpieron en la casa de la comunidad para pedir llorando lo que necesitaban.

En segundo lugar, había que pagar el rescate de los prisioneros judíos que se hallaban en las cárceles. En todos los rincones de Polonia, los cosacos del zar combatían contra los aristócratas que se rebelaban ansiando reinstaurar en el trono a un rey polaco, los perseguían y, cuando los atrapaban, los ahorcaban. Algunos leales arrendatarios judíos estaban implicados en el suministro clandestino de pólvora a sus señores polacos, que se escondían en los bosques.

Poco antes de la fiesta del *Pésaj*, un grupo de ellos fue sorprendido cuando hacían pasar pólvora oculta dentro de unos barriles de manzanas. Los cosacos empezaron por clavar sus lanzas en la paja que llevaban los carros y no encontraron nada. Pero cuando decidieron hacerse con las manzanas para comérselas dieron con la pólvora. A algunos de los judíos los ahorcaron allí mismo, en los árboles que flanqueaban el camino, y otros fueron conducidos a la cárcel de Łódź. A los ejecutados había que darles honrosa sepultura judía y, en cuanto a los encarcelados, había que pagar su rescate o al menos proveerles de *matzá* para la festividad.

En tercer lugar, un grupo de nuevos ricos—judíos ilustrados deseosos de librarse del yugo del judaísmo—había solicitado autorización al gobierno para fundar un colegio moderno donde sus hijos, abandonando el *jéder* y las enseñanzas del judaísmo, pudiesen aprender los modos de los gentiles. Circulaban rumores, además, sobre su propósito de construir un templo al estilo alemán, con órgano y un oficiante que salmodiara como un cura. Aunque las autoridades tardaron en responder a la petición, los nuevos ricos derrochaban el dinero a manos llenas y sabido es lo que el dinero es capaz de conseguir. Abraham Hersh y el resto de los tradicionalistas consideraban que la idea del citado templo era mucho más grave que la existencia de una iglesia, ya que mientras a ésta sólo asistían cristianos o conversos, aquél podría atraer a los

judíos más sencillos y desviarles del camino recto, lo cual suponía el primer paso hacia la apostasía.

Además, se produjo también otro pecado. Según relataron los mercaderes ambulantes judíos que recorrían las aldeas adquiriendo lana, pieles y cerdas de animales, un díscolo joven de Łódź, conocido como Naftali el Converso, al que más de una vez se había expulsado del patio de la sinagoga por abierto desacato a las leyes judías, se había colocado como aprendiz con un maestro tejedor alemán, para quien trabajaba los sábados y en cuya compañía comía carne de cerdo.

Abraham Hersh mandó llamar al joven y lo amenazó con entregarlo a las autoridades, que le obligarían a alistarse en el ejército. El muchacho, sin embargo, no dio su brazo a torcer e insistió con todo descaro en su deseo de aprender a ser tejedor. Las autoridades se negaron a reclutarlo a pesar de las peticiones de la comunidad y ello contribuyó a alentar, en otros jóvenes judíos, tentativas de acercamiento a los gentiles. Un tal Mendl Fliderboim, que poseía algunos telares manuales y había dado empleo en ellos a varios tejedores alemanes, aprendió el oficio de sus trabajadores y presentó una solicitud de ingreso en el gremio gentil como maestro tejedor. Una vez que se rasuró la barba, se desprendió de la vestimenta tradicional y aprendió a hablar y escribir el ruso, recibió el apoyo de las autoridades.

Todo esto contribuyó a que otros jóvenes de fe tambaleante se sintieran empujados a emular a los renegados y despertó la envidia de la gente sencilla y de los artesanos, que deseaban imitarlos. En aquellos días, por la ciudad se extendió una epidemia de escarlatina y causó el fallecimiento de varios niños, que los devotos tomaron como un claro signo del castigo divino a Łódź por los pecados de sus herejes.

No obstante, lo que más preocupaba a Abraham Hersh era la oposición de su esposa a las visitas que él realizaba a su *rebbe* durante las fiestas. Él solía viajar a Warka no sólo en las festividades de *Rosh Hashaná*, *Yom Kippur* y *Shavuot*, sino in-

cluso en el *Pésaj*, prescindiendo de las quejas de su mujer, que, a causa de ello, se veía obligada cada año a viajar y celebrar el *Séder* en casa de su padre, ayudante del rabino de Ozorków, como si de una viuda se tratara, Dios nos libre.

No era Abraham Hersh de los que se dejan conmovir por lágrimas femeninas. Después de todo, él sabía que el llanto era natural en una mujer. En la presente ocasión, sin embargo, las cosas eran algo diferentes. Su esposa saldría de cuentas cualquier día de éstos, y ella preveía que sería niño porque el bebé pataleaba en su lado derecho.

—¡Me mataré si no estás aquí para la circuncisión! Nunca podré sobrellevar esa vergüenza—se quejaba llorando.

Enfermó de tanto llorar y Abraham Hersch no sabía qué hacer. Por otro lado, según los rumores, las carreteras a Warka no eran demasiado seguras. Los cosacos daban batidas por los campos y acosaban a los viajeros. Más de una vez personas inocentes habían sido azotadas y hasta ahorcadas. Había quienes le desaconsejaban viajar en tiempos tan peligrosos.

Pese a todo ello, sin embargo, Abraham Hersh tenía razones apremiantes para desplazarse. Durante su última visita había hecho saber al *rebbe* que su esposa estaba encinta de algunos meses. Después de escucharlo atentamente, el *rebbe* le había anunciado:

—Abraham Hersh, tus descendientes serán hombres acaudalados.

Él frunció el ceño y se apresuró a responder en tono respetuoso:

—*Rebbe*, yo preferiría que fueran hombres temerosos de Dios.

El *rebbe* no contestó y Abraham Hersh no volvió a insistir. El comentario le había parecido de mal augurio y estaba ansioso por aclarar su significado precisamente ahora, antes de que llegara su nueva descendencia.

Los peligros de la carretera no le preocupaban en absoluto, ya que en sus viajes se había acostumbrado a hacer frente a

tales problemas. Lo único que lo retenía era el hecho de dejar a su esposa sola durante el parto y, más tarde, durante la circuncisión, si con la ayuda de Dios el recién nacido fuera niño.

Ahora bien, se sentía obligado a tener en cuenta también otras consideraciones. Un cierto número de *jasidim* sin recursos confiaba en que los llevara y se burlarían de él si permitiera que una mujer lo disuadiera de ello. No sería justo privar a unos judíos de celebrar la fiesta sentados a la mesa de su *rebbe*. Además, si aplazara el viaje, ¿qué efecto causaría ofrecer el cáliz de plata del profeta Elías a su *rebbe* en la fiesta de *Shavuot* en vez de hacerlo en el *Pésaj*? Todo esto se sumaba a lo que más le importaba: conseguir que el *rebbe* le augurara unos descendientes temerosos de Dios. Si por ser ricos sus hijos estuvieran destinados, Dios no lo quisiera, a abjurar de su religión, él renunciaría a la riqueza. Preferiría que fuesen maestros de párvulos, con tal de que fueran judíos honestos. Tenía que hablar de esto con su *rebbe* mientras aún estaba a tiempo.

Si su esposa fuera una persona sensata en vez de ser simplemente una mujer, ella misma le exhortaría a hacer el viaje para escuchar al *rebbe*. Como hombre, no podía permitir que las lágrimas femeninas le influenciaran.

Se acercó al armario, bajó la maleta grande de cuero que siempre llevaba a Danzig e introdujo en ella sus filacterias, el taled, un gabán de raso, algunas camisas, el cáliz de plata y algunos libros sacros para estudiar en el camino. Como buen *jasid* de Warka, no olvidó incluir varias botellas de aguardiente *kosher* para el *Pésaj* y mandó a la criada, Sara Lea, que avisara al cochero.

Su esposa, que ya tenía una prominente barriga, estalló una vez más en llanto y repitió:

—No sobreviviré a este escarnio.

Abraham Hersh ni siquiera pestañeó. Besó la *mezuzá* en la jamba de la puerta y, ya en el umbral de la casa, deseó a su mujer que el parto le fuera leve. De pronto, ya en el exterior, recordó algo: